

ducta no estaba el Prelado muy satisfecho. Como viese el Vicario general la solicitud presentada por dicho sacerdote para tener un beneficio, que se había de dar con preferencia á los naturales de Sallent, habló con el señor Obispo, indicándole los inconvenientes que habría en concederlo á un sujeto de no muy buenas prendas.

Para salir del paso y evitar nuevas instancias, acordaron el Vicario y el señor Obispo avisar al Sr. Claret para que presentara una solicitud pidiendo dicho beneficio, pues como natural que era de aquella población, en concurso con el otro debía ser necesariamente preferido. Presentó nuestro joven la instancia por cumplir con la voluntad de su Prelado, y habiéndolo obtenido, le confirió el señor Obispo la tonsura el 2 de Febrero de 1832, á fin de que pudiera tomar posesión canónica del mismo. Al día siguiente se trasladó á Sallent, y tomola en efecto, y desde entonces quedó obligado al rezo del Oficio divino. Lo que otros consideran por su indevoción como una carga, él lo tenía á gran dicha, porque en adelante podría orar á Dios en nombre de la Iglesia y valerse con más confianza delante del Señor de los méritos y de las virtudes de la Esposa del Cordero para alcanzar ser oído con mayor prontitud y largueza de la infinita misericordia. Desde este tiempo residió siempre en su pueblo natal, por razón del beneficio, durante las fiestas de Navidad y Semana Santa; en lo restante del año, con dispensa del señor Obispo, residió en Vich para poder continuar los estudios. Nada perturbó la tranquilidad de éstos hasta el año aciago de 1835, época de grandes disturbios en España.

Con gran sosiego y aplicación había cursado ya los tres primeros años de Teología, frecuentando las aulas del Seminario, cuando la persecución declarada á la Iglesia por los Gobiernos liberales de entonces y por la gente más soez é impía de la sociedad, cuya sacrílega audacia crecía con la impunidad y hasta con el amparo más ó menos directo de los que por su posición y autoridad debieran defender á la Iglesia y reprimir cualquier desorden y ataque de sus enemigos, vino á torcer el curso de los acontecimientos, y el Sr. Claret, como la mayoría de sus condiscipulos, se vió obligado á mudar de método en los estudios. ¿Quién no recuerda con horror el sacrílego asesinato de los religiosos, ejecutado á vista de las au-

toridades, que fría é impassiblemente lo contemplaban, y que hasta tuvieron el descaro de echar en cara á las inocentes víctimas la causa de tan horribles desórdenes? Y ¿cómo no había de ser así si los mismos que estaban al frente de la nación eran los primeros enemigos de la Iglesia, amamantados en la obscuridad de las logias y lanzados al poder por las olas revolucionarias? Así fué que á los torrentes de tanta sangre inocente derramada; al derribo de los muros sagrados, donde se cobijaban las blancas palomas de Cristo; al robo sacrílego de los bienes de la Iglesia, siguió una no interrumpida serie de leyes impías con que se atentaba contra los derechos de la potestad eclesiástica, coartando la jurisdicción de los Obispos, poniendo trabas al ejercicio de su ministerio pastoral y cerrando los Seminarios para trocarlos en cuarteles. Esta desgraciada suerte corrió el Seminario de Vich, pues fué destinado á cuartel de *patuleas* (1) y á provisión de columnas ambulantes. Pero gracias al heroico celo del vicerrector, D. Mariano Puigllat, no se cerró jamás del todo, aunque tristemente viéronse obligados los Superiores á consentir y aun á aconsejar á los estudiantes que no eran de la ciudad á que volvieran á sus casas é hicieran en ellas privadamente los estudios, ó por medio de conferencias particulares, sujetándose para la aprobación del curso al tribunal del Seminario ó al que formaran las personas delegadas por el Prelado. De este modo ganó el Sr. Claret los últimos cursos de Teología, como casi todos sus contemporáneos, en fuerza de las angustiosas circunstancias de aquellos tristes tiempos. Mas aun así hizo tan brillantes exámenes que dió claramente pruebas de un ánimo impassible que no lograban alterar ni apartar de sus intentos, ni el agitador tumulto de la guerra, ni la estrechez y penuria á que habían reducido al clero sus crueles perseguidores.

Privado entonces de las variadas lecturas que en Vich le proporcionaba la biblioteca episcopal, reconcentró toda su atención y aguzó su ingenio en los libros de texto que poseía, pero muy especialmente en los libros santos de la Biblia, que leyó y meditó muchas veces, con lo cual, al paso que su cora-

(1) Llamábanse *patuleas* unas partidas de soldados ó paisanos armados, destinados á rondar por los caminos en persecución de los que seguían el partido de D. Carlos.

zón ardía con los afectos santos y con las finezas del divino amor que en ella descubría, enriquecía la inteligencia con los tesoros de altísimas verdades y grababa en la memoria aquellas frases divinas en que anda envuelta la gracia de Dios para mover las almas despertándolas del sueño profundo del pecado. Así le veremos después, armado con la palabra del Señor como con espada de dos filos, herir las almas pecadoras y traspasarlas de dolor por las ofensas hechas á la Majestad divina, ó llagarlas de amor y arrebatadas para seguir á Cristo hasta la cumbre de la perfección.

La obra de que se sirvió para el estudio de la Teología dogmática fué la *Suma* de Santo Tomás, obra monumental de la sabiduría humana y la conquista más heroica de los siglos cristianos, donde están como sumados todos los esfuerzos que en prosecución de la verdad hicieron los ingenios más ilustres de todos los tiempos, sostenidos por la fe y arrebatados en su vuelo por los más vivos rayos de la lumbre natural. Esta era la obra que entonces, como al presente, servía de texto en el Seminario de Vich, á lo cual debió sin duda en gran parte el ser uno de los más florecientes de España, y centro de verdadera sabiduría, porque se bebía allí la verdad católica en sus más claros manantiales y donde con mayor abundancia brota. Para la Teología moral se formó en el Compendio de los Padres Salmaticenses y en la obra del dominico P. Billuart, que eran á la sazón los libros de Moral más comunes entre los eclesiásticos de la diócesis; pero habiendo penetrado el mérito de San Ligorio y la autoridad de su doctrina en estas materias, se dedicó principalmente al estudio de sus obras, y con esto salió consumado moralista y lleno á la vez de unción y piedad para tratar las almas en el sagrado tribunal de la penitencia. Todos sus condiscípulos dieron testimonio de que durante la carrera mostró más que mediano ingenio y una memoria extraordinaria. Su aplicación no conocía límites; incansable como era en el estudio, no es de maravillar que fuera calificada su aplicación ya en los primeros años que cursó en Vich de *mucha*, y como si esto no bastara, de *muchísima* en los años sucesivos, como consta en los registros del Seminario. Los seminaristas que más á menudo le veían dicen que no perdía un instante de tiempo: "en los días de vacaciones aprovechaba el tiempo sobrante componiendo breves discursos sobre la alabanza de

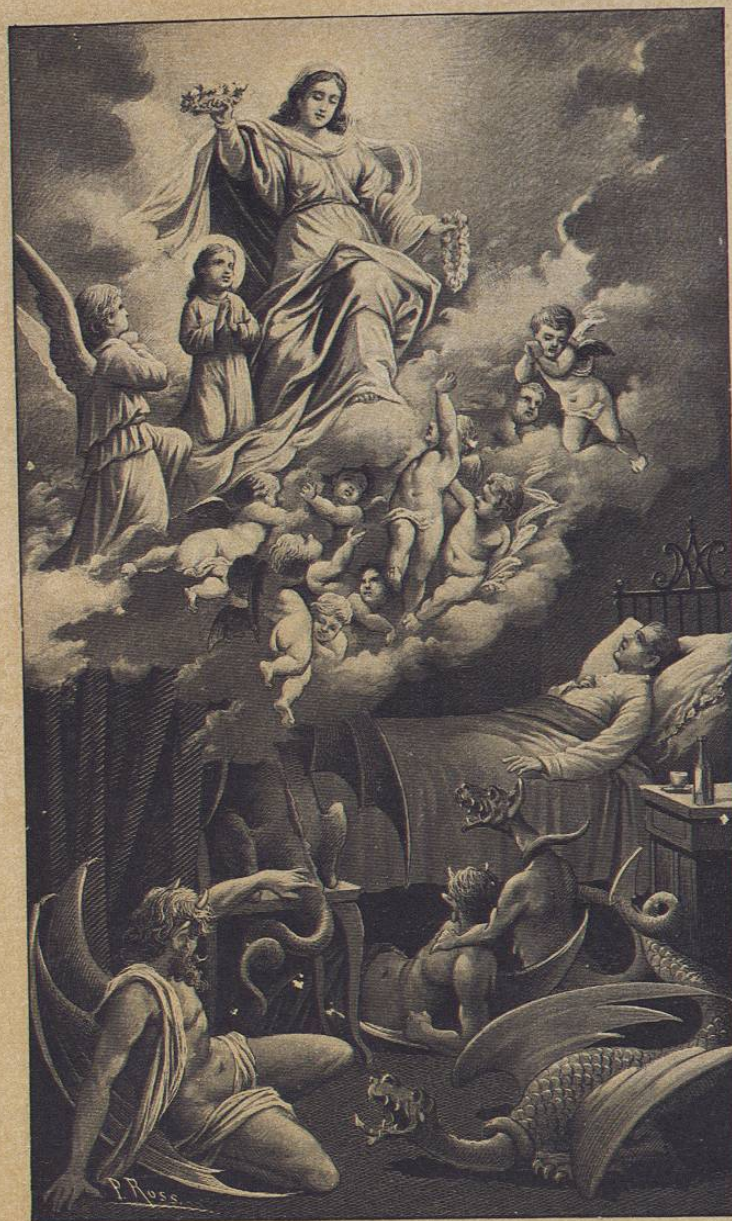


Fr. Claret y C. — Barcelona

Estando enfermo el Siervo de Dios cuando escribía Filosofía, se le aparece la Santísima Virgen y le libra de una grave tentación.

rón ardía con los misterios santos y con las fuerzas del divino amor que en ella descubría, enriquecía la inteligencia con los tesoros de altísimas verdades y grababa en la memoria aquellas frases divinas en que anda envuelta la gracia de Dios para mover las almas despertándolas del sueño profundo del pecado. Así le veremos después, armado con la palabra del Señor como con espada de dos filos, herir las almas pecadoras y traspasarlas de dolor por las ofensas hechas á la Majestad divina, ó ligarlas de amor y arrebatárlas para seguir á Cristo hasta la cumbre de la perfección.

La obra de que se sirvió para el estudio de la Teología dogmática fue la *Suma* de Santo Tomás, obra monumental de la actividad humana y la renuncia más heroica de los siglos cristianos, donde se agotaron todos los esfuerzos que en la investigación de la verdad hicieron los ingenios más fuertes de todos los tiempos, sostenidos por la fe y arrebatados en su carrera por los más vivos rayos de la lumbre natural. Esta era la obra que entonces, como al presente, servía de texto en el seminario de Vich, á lo cual debió sin duda en gran parte el ser uno de los más florecientes de España, y centro de verdadera sabiduría, porque se bebía allí la verdad católica en sus más claros manantiales y donde con mayor abundancia brota. Para la Teología moral se formó en el Compendio de los Padres Salmatianenses y en la obra del dominico P. Billuart, que era y lo es en los Países de Morat más respetada entre los eclesiásticos de la diócesis, pero habiendo penetrado el mérito de San Eusebio y la autoridad de su doctrina en estas materias, se dedicó personalmente al estudio de sus obras, y con esto salió consumado moralista y Beneditino en la aplicación y piedad para tener los ojos en el sagrado tribunal de la penitencia. Todos sus discípulos dieron testimonio de que durante la carrera no sólo que no faltó ingenio y una memoria extraordinaria, su aplicación se conocía explícita; incansable como era en el estudio, se le maravillaba que fuera calificada su aplicación ya en los primeros años que cursó en Vich de *mucha*, y como si fueran *tantos*, de *muchos* en los años sucesivos, como consta en los registros del seminario. Los seminaristas que más á menudo le veían dicen que no perdía un instante de tiempo: "en los días de vacaciones aprovechaba el tiempo estudiando compendios y haciendo discursos sobre la alabanza de



J. Thomas y C.<sup>a</sup> — Barcelona

Estando enfermo el Siervo de Dios cuando estudiaba Filosofía, se le aparece la Santísima Virgen y le libra de una grave tentación.

alguna virtud, la fealdad de algún vicio ó sobre otros asuntos interesantes (1).» El antiguo catedrático del Seminario, don José Serrarica, que pasaba por el mejor teólogo del obispado de Vich, la primera vez que le oyó predicar dijo: «Mosén Antón Claret ha sido mi discípulo; pero ahora yo le tomaría por maestro (2).»

4. Antes de tratar de las virtudes con que se dispuso á la recepción de las órdenes sagradas conviene referir una prueba terribilísima que combatió la angelical pureza de su alma y el modo maravilloso con que la Virgen santísima premió su victoria. Estudiando el segundo año de Filosofía le acometió un fuerte catarro que le obligó á guardar cama. El demonio envidioso de la extraordinaria virtud de aquel joyen seminarista, y temeroso de que algún día le había de arrebatarse muchas almas, le asaltó con una fuerte tentación contra la hermosa virtud de la castidad. Sorprendido el casto joven con aquel ataque repentino, hizo increíbles esfuerzos para resistir la tentación. Acongojado con el temor de ofender á Dios, unas veces fijaba la vista en objetos indiferentes que le distrajeran, otras hacía sobre sí mismo la señal de la cruz, ora invocaba humildemente la protección del Señor, ya se acogía, como tierno niño perseguido por el dragón infernal, en el regazo de la Virgen santísima su Madre; acudía fervorosamente al ángel de su guarda y á los santos de su especial devoción, pero todo parecía en vano; la tentación, lejos de cesar, arreciaba por instantes. No pudiendo levantarse de la cama, ni sabiendo ya qué hacerse, con los ojos llorosos y mirando vagamente, vuélvese de lado y aparécesele de repente en los aires la Reina del cielo, radiante de luz, llena de gracia y hermosura, teniendo en la mano izquierda muchas guirnalda de bellísimas rosas, y en la derecha otra guirnalda de igual belleza. No lejos de la Madre de Dios veíase á sí mismo representado en la figura de un tierno é inocente niño, puesto de rodillas, con las manos juntas en actitud de fervorosa oración. Coronando la cabeza de aquel niño, díjole la Virgen: «Antonio, esta corona será tuya si vencieres.» En este mismo instante vió Claret á su derecha un grupo de gloriosos santos en ademán de orar,

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.

(2) Relación del P. Lorenzo Font, Misionero hijo del Corazón de María.

los cuales le pareció á él que eran sus patronos que rogaban por él para que no cayese en la tentación, y á su izquierda divisó una muchedumbre de formidables demonios, formados como soldados después de una batalla. Con la vista de la Virgen quedó enteramente libre de los malos pensamientos, y fué tan dulce y agradable la impresión que le causó su hermosa aparición, que no acertó en aquel acto á decir palabra alguna.

Que esta visión fué verdadera, lo dijo él mismo en los últimos años de su vida (año 1862), asegurando que en aquella ocasión no dormía, ni padecía vahídos de cabeza ni ilusiones, y añadiendo: "Lo que me hizo creer que era especial gracia de María santísima fué el haber quedado libre en el mismo momento de la tentación, y por muchos años no haber padecido tentación alguna contra la castidad; y si después la he tenido, ha sido tan insignificante que ni el nombre de tentación merece. ¡Gloria, pues, á María! ¡Victoria á María!... (1)."

Para confirmación de lo dicho véase lo que escribe el ilustrísimo señor obispo de Segorbe haber pasado en un sermón que él mismo oyó al Siervo de Dios, y del cual él y los demás oyentes quedaron admirados. "Predicando, — dice, — un día de 1865 á los sacerdotes y seminaristas de El Escorial sobre la confianza que hemos de tener en la protección de la Virgen, y especialmente sobre la que experimentan los que acuden á pedirle auxilio contra las tentaciones de la carne, el P. Claret, ya arzobispo de Trajanópolis, nos refirió como caso sucedido á un joven amigo suyo que, hallándose atormentado de una muy recia tentación de concupiscencia, se fatigaba en vano buscando un modo de ahuyentar al enemigo, pues éste permanecía allí tenaz sin hacer caso de las muchas piadosas industrias de que el joven se valía, ni del esfuerzo con que constantemente resistía á sus instigaciones. Al fin el joven invocó de todo corazón á la Virgen, y ésta se le apareció, dejándole con su vista, no solamente sosegado en aquel momento, sino libre en adelante de tan fatigosa molestia.

"El rostro del P. Claret se animaba por grados mientras refería este suceso; sus ojos parecían buscar ó contemplar todavía á la Virgen; su voz era conmovida, y notábase en todo él algo extraordinario. Esto, que lo vimos cuantos estábamos

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

cerca del predicador; la seguridad con que hablaba; la viveza con que describía la pena del joven y sus esfuerzos para resistir la tentación, y la alegría al ver á la santísima Virgen, nos hicieron á todos creer que el joven no era otro que él mismo, aunque por humildad lo callara; unos á otros nos dimos parte de nuestro común sentir al dejar la capilla (1)."

5. Fácil es comprender que quien tan valerosamente luchaba contra la tentación y tan regalado favor mereció del cielo por su victoria, se dispondría para recibir las sagradas órdenes, no sólo con el estudio, de lo cual hemos ya dicho alguna cosa, sino principalmente con el ejercicio de todas las virtudes, que luego debían hacer de él un digno sacerdote y Misionero. En el caso que acabamos de referir dió claras muestras de la angelical pureza de su alma, la cual fué tan perfecta durante toda su vida que nunca la empañó con la más ligera mancha. De su desprendimiento de las cosas de la tierra y de los intereses materiales fueron no pequeño testimonio la generosidad con que dió conferencias privadas de latín y de francés á varios estudiantes sin admitir jamás retribución alguna, aunque espontáneamente se la ofrecían. Pasando un día por la calle, halló una moneda de oro de mucho valor; y como una mujer viese que Antonio la recogía, le gritó: "Estudiante, quiero parte de ella." Entregósele el Sr. Claret diciendo: "Ahí la tiene Ud. toda, con la obligación de preguntar por su dueño y devolvérsela si se halla (2)."

La humildad se traslucía en todos sus actos, pero mayormente en el aire modesto con que andaba y estaba delante de los demás, como si fueran superiores suyos, lo que fué muy notorio á todos los seminaristas que fueron condiscípulos suyos. Cuenta uno de éstos que en los instantes que estaban esperando la entrada del catedrático en la clase, mientras los demás se divertían, y á veces á costa de los compañeros, con gracias algo pesadas y picantes, el Sr. Claret estabase muy quieto en su puesto con el libro de texto en la mano; y si alguno por diversión iba con donaire á distraerle, él, sin dar señal alguna de enfado ni desplegar los labios, le correspondía con una dulce mirada y una sonrisa. Todos los que en este

(1) *Vida del Sr. Claret*, cap. VI.

(2) Declaración de D. Ignacio Alemany, presbítero.